

La marcha de la bandera

Ronel González Sánchez



Poesía



Edición especial de la UNEAC de Holguín, Cuba,
por el 150 aniversario del inicio de las guerras
de independencia.

10 de octubre 1868- 2018

La marcha de la bandera

Ronel González Sánchez

**Colección
Mambí**

La marcha de la bandera

Ronel González Sánchez

Poesía

Editorial Barajagua
Holguín, 2018

Edición: José Abreu Cardet y Carlos Parra Zaldívar
Diseño: El autor
Ilustración de cubierta: foto cortesía
de Amauris Betancourt Gómez

© Ronel González Sánchez, 2018
© Sobre la presente edición
Ediciones Barajagua, 2018

ISBN 978-959-267-395-3

Ediciones Barajagua,
UNEAC
Calle Libertad # 148,
entre Martí y Luz y Caballero,
Holguín, Cuba, CP. 80100.
E mail: uneachol@uneac.co.cu
ronelgs71@nauta.cu

Índice

Nota a la edición digital.....	8
Fulgor de empuñadura de sable.....	9
Theatrum mundi.....	14
La vibración vegetal I.....	15
Alfareros de repúblicas.....	17
Fuerza centrípeta.....	20
Hombre de mármol.....	22
La vibración vegetal II.....	24
La marcha de la bandera.....	26
El prospecto de Loja, teniente Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón, se agencia la Cruz del Sufrimiento de manos de la reina María Cristina.....	37
La vibración vegetal III.....	43
La viuda y el héroe.....	45
Vindicación del Padrazo.....	52
La vibración vegetal IV.....	55
El manotazo de plomo.....	56
La vibración vegetal V.....	61
La otra luz de Yara.....	62
El capataz de la basura.....	67
La vibración vegetal VI.....	73
El peso de la cruz.....	78
La vibración vegetal VII.....	83
la escaramuza.....	86
La vibración vegetal VIII.....	92

Monumento al mambí desconocido.....	93
La vibración vegetal IX.....	95
El sedicioso.....	97
La vibración vegetal X.....	103
Salto. Dicha grande.....	106
La vibración vegetal XI.....	111
General de dos patrias.....	113
Viacrucis mambí.....	119
Datos del autor:.....	124

Nota a la edición digital

Esta edición especial en soporte electrónico del libro de poesía *La marcha de la bandera*, del poeta cubano Ronel González Sánchez, se realiza como el principal aporte de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) de Holguín para conmemorar el 150 aniversario del inicio de las guerras de independencia, gestas iniciadas por el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de octubre de 1868 en el antiguo ingenio Demajagua.

Graduado en Historia del Arte, el autor de estas páginas se ha dedicado a investigar y a explorar la historia patria desde hace varios lustros, con intenciones de vivenciar e integrar a su trayectoria vital las heroicas secuencias que ahora se entregan transformadas en poemas que nos impresionan por la honestidad y hondura con que fueron escritos.

Después de la publicación de *Teoría del fulgor accesorio* (Editorial Ácana, Camagüey, 2016), libro recibido con beneplácito, pese a su reducida tirada, González Sánchez ha tenido la fortuna de presentar su poemario en sitios entrañables como la Casa de la nacionalidad cubana, junto al río Bayamo, en ámbitos históricos que de una forma u otra también iluminan desde estas páginas, y ha recorrido esos espacios primigenios de la nación con ojos de emoción y asombro, imantadas partículas que percibimos en versos y fragmentos documentales, porque al compartir esos trascendentes textos ajenos que disemina en el libro el poeta también nos involucra en las sensaciones que experimentó en la soledad de su campamento próximo al río que los pobladores llaman Miradero, en la periferia de la ciudad de Holguín.

Céspedes, Perucho, Gómez, Maceo, Masó, Martí, Calixto, entre otros grandes hombres del fundacional siglo XIX nuestro, metamorfoseados en asuntos poéticos, vuelven a erguirse en estas páginas y permanecen atentos a una marcha de la bandera que no sin dudas no cesará jamás.

Julio Méndez Rivero

Presidente de la UNEAC en Holguín, Cuba.

Fulgor de empuñadura de sable

Nos han propuesto olvidar nuestra Historia. De golpe y porrazo. Sustituir una tradición de más de un siglo por un futuro importado. Como si fuera una simple maniobra informática. Enviar la Historia de Cuba a la papelera de reciclaje, y acto seguido, vaciar esa papelera. ¿Está seguro que desea eliminar 150 años de forma permanente? La propuesta encandila o enardece, depende del combustible que transportes en tu depósito. Uno necesita armas reales. Herramientas que no se afinquen en la arenga vacía, ni el ademán sobreactuado. El apacible tono del diálogo, el arte perdido de la conversación, la lectura en medio del necesario silencio, son capaces de demoler los discursos más eufóricos.

Creo que la poesía puede dismantelar un acorazado, porque el hombre que vive bajo palabra es en sí mismo un ejército. Apuntar que Ronel González publica un libro más, sería incurrir en un lugar común dentro del panorama literario cubano, pero corroborar que este autor ha construido un arma estratégica, me convierte en cómplice de las estructuras que manifiesta *La marcha de la bandera*. El resurgir de la novela histórica en un puñado de narradores cubanos, y la asimilación de esas propuestas por el público lector, demuestra quizás la necesidad de escalar nuevas alturas.

La poesía que amplifica la Historia y la revisita desde la devoción, constituye un nivel ascendente en el conocimiento de los cauces que desaguan en nuestra inmediatez, pues posibilita la apropiación de figuras y hechos afincándolos en el plano de la sensibilidad, en la raíz misma de la sangre. Estos poemas que conmueven a vuelta de página, no han sido generados por un compromiso artificial, no son despojos de las intensas contiendas de lectura, ni mucho menos producto del oficio de quien conoce el serpenteo de la décima en la manigua del

lenguaje. El hombre que escribe los textos de *La marcha de la bandera* fue haciendo a pie su historia, rumiándola al margen de todos los discursos, de los argumentos encartonados que la pedagogía nos insufla desde las mesas de las aulas.

Desprendido de cualquier dogma, Ronel González tuvo también su 10 de octubre; el grito del poeta y el Grito de Yara se superponen en las páginas de aire, las que anteceden a la tinta impresa. En las arenas de Playitas de Cajobabo, el 11 de abril de 2015, dos hombres escudriñan la negrura con los ojos fijos en el brillo de la marea, uno de ellos es Ronel González. Dicen que se escucha el chapotear de unos remos. Él sabe que no son pescadores. El 19 de mayo de ese propio año, al pie del monumento en Dos Ríos, un poeta lee bajo el sol del mediodía *El peso de la cruz*. Las aguas turbias y crecidas del Contramaestre le aventajan. Antes de escribir vive, no quiere que nada apeste a plantilla, a molde, a expresión falsificada. Su casa en La Aduana, cerca del río Miradero, se transforma en campamento. Allí anuda la hamaca de los héroes, a la sombra de parapeto donde sus libros le proporcionan una vibración acompañante, casi vegetal.

La décima que cuajó como plomo en sus primeras estrofas, vuelve a borbotear. Balas, balas es lo que necesita el lector, y si no, machete. Siente un relincho, pero es solo el carretonero que recoge la basura. No sabría explicar por qué se le parece tanto al general Quintín Banderas. En ocasiones, cuando chapea el patio en las mañanas de domingo surge frente a sus ojos un barranco, la destentada boca de un barranco. Inequívoco recordatorio de su peregrinación a San Lorenzo. Solo 98 páginas, como combates, como cargas al machete, y un estremecimiento me despabila, no soy yo quien lee, es el libro quien me escudriña. Estoy mirándome al espejo de la patria en un poema de Ronel González.

Nunca había aflorado en mí semejante tironeo ¿tiroteo? El rompecabezas de la Historia no puede completarse de un modo

preestablecido, el tiempo no es lineal. Hablan Céspedes, Bernabé Boza, Antonio Maceo, Agramonte, Vicente García, Perucho Figueredo, y también Lezama, Zenea y Martí. Las armas de la guerra y las armas de la palabra nos vuelven invencibles. Me reconozco en la lectura, asomo detrás de alguna guardarraya, me ubico entre un dagame y un fustete para que me abra la frente el sol de Cuba libre. Una mano invisible arranca las páginas del 6 de mayo. El *Diario de campaña* del Apóstol se transforma en otro mutilado. Pero Ronel no condesciende a ese desarraigo. Hay que conocerlo para saber que no va a tolerar la omisión de un día cardinal en la marcha de Martí hacia la muerte.

"*Amanezco enfermo: dolencia del espíritu que detiene el pulso y vuelve hosca la escritura*". Se nos pone la piel de gallina, como si alguien hubiera removido la losa de un sepulcro. Nos quedamos interrogándonos ¿acaso no son esas las auténticas páginas del diario? ¿Quiso Martí quebrar el mármol de los tiempos para que el santo grial de los historiadores cubanos terminara en manos de Ronel? No sería la primera vez que sucede algo semejante. Él dice que no, que es solo una recreación, la forma de sacarse las púas de esa dolorosa ausencia. ¿Y si hubo alguien que interceptó al poeta en sus expediciones por la Historia, un pescador que atrapaba sus carnadas bajo la noche bella de abril, o una anciana que escuchó la lectura de *El peso de la cruz*, y luego agradecida, le trajo aquellas hojas como mariposas sucias, o fue el mismo Martí sentado frente a él en la sala de La Aduana? No lo sé, Ronel repite que no, que es solo una mimetización del estilo martiano, un apócrifo, algo que pudo suceder pero que nadie sabe... Sin embargo los poetas mienten, y aunque este es un libro sincero, entre sus páginas 64 y 67 un insondable mecanismo se activa, un fulgor de empuñadura de sable, un misterio que acompaña.

Arrasado, como el texto de Valeriano Weyler, desemboco en la última página. No vamos a olvidar la Historia. No vamos a suprimir tantos ríos de sangre desaguando en el presente. ¿Está seguro que

desea eliminar 150 años de forma permanente? Jamás. *La marcha de la bandera* de Ronel es indetenible. Llegue a los lectores su fulgor.

Moisés Mayán
Prefectura de La Quinta,
entre dos arroyos sin nombre

-Se sale de la tierra tan contento cuando se ha hecho una obra grande! Ya cabalgan de nuevo en la llanura los jinetes de hierro; ya resplandecen de nuevo aquellos rostros con el fulgor de la victoria; vuelven a ver el bosque en que triunfaron; sobre olvidadas cruces juran de nuevo un voto no olvidado (...)

JOSÉ MARTÍ
Lectura en la reunión de emigrados cubanos,
en Steck Hall, Nueva York,
24 de enero de 1880

El señorío de la revolución de 1868, es la rebelión de una inmensa familia, los bautizos y la muerte en la vecinería. Una visita que termina en una inmensa excursión por el bosque, seres errantes que al llegar la noche se introducen en los árboles y hacen provisión de rocío.

JOSÉ LEZAMA LIMA
"Céspedes: el señorío fundador"

Theatrum mundi

Detrás del héroe depuesto
y del que bruñe la ruta,
está la diestra que amputa
páginas de un diario honesto,
pero a la historia no hay gesto
ni condición lugubranter
que imponga un descoagulante
algoritmo para urdir
la duda, y pueda abolir
su vibración incesante.

El vencedor no es quien dicta
siempre los conos de sombra
ni el vencido es el que nombra
tajos de verdad estricta.
No hay vislumbre más invicta
que otra, ni héroe exento
de entrañar un argumento
imparcial o reprobable.
La memoria es impugnable
antes de su nacimiento.

La vibración vegetal I

El ojo inquisitorial, determinista,
penetra en escorzo hasta la uretra del guijarro primordial.

Profila, raspa el tribal arbotante de ósea entrada,
y en la sombra dilatada donde la emisión corroe,
bulle, como un oinocoe tenorino,
la quebrada.

La vibración vegetal trae sus alpes provincianos,
al vislumbre de las manos que pulen el pedernal.

Sus entresijos de cal y arborescente rubor,
espejean de claror indialogado
la ubre del cántico,
y se descubre el oficiante esplendor.

Viéndonos expuestos a perder nuestras haciendas, nuestras vidas y hasta nuestra honra, todo nos obliga a exponer esas adoradas prendas para reconquistar nuestros derechos de hombre ya que no podemos con la fuerza de la palabra en la discusión, con la fuerza de nuestros brazos en los campos de batalla. Cuando un pueblo llega al extremo de degradación y miseria en que nosotros nos vemos, nadie puede reprobarle que eche manos a las armas para salir de un estado tan lleno de oprobio. El ejemplo de las más grandes naciones autoriza este último recurso. La Isla de Cuba no puede estar privada de los derechos que gozan otros pueblos y no puede consentir que se diga que no se sabe más que sufrir. A los demás pueblos civilizados toca interponer su influencia para sacar de las garras de un bárbaro opresor a un pueblo inocente, ilustrado, sensible y generoso. A ellas apelamos y al Dios de nuestra conciencia con la mano sobre el corazón. No nos extravían rencores, no nos halagan ambiciones: sólo queremos ser libres e iguales como hizo el Creador a todos los hombres.

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

Manifiesto de la Junta Revolucionaria
de la Isla de Cuba (fragmento),
Manzanillo, octubre 10 de 1868

ALFAREROS DE REPÚBLICAS

*Me he metido a alfarero de repúblicas,
oficio de no poco trabajo,
pero, al mismo tiempo glorioso.*

SIMÓN BOLÍVAR

*No aspirando yo a nada más
que a la salud de la Patria,
no quiero comprometerla con un silencio intempestivo.*

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

Diario, 24 de octubre de 1873

Los padres de la Patria mueren solos
en alevos barrancos o en cuartuchos,
evocando bayamos y ayacuchos
con el desdén del mundo en los alveolos.

Entran al porvenir sin protocolos,
sin pertenencias,
sin genealogías.

Sacuden las infectas cofradías
de la posteridad
sin titubeos,
y se levantan de los mausoleos
cuando se enseñorean las tiranías.

Entre ingratas facciones,
entre opuestas miradas
de lacónicos caudillos,
escépticos ingresan a los trillos
de la desesperanza,
sin respuestas.

Parcelado el fervor quedan pospuestas
encrucijadas,

disensiones,
cismas,
porque las persistencias son las mismas
y sus escarapelas de otra frente
se apropian,
de otra,
inexorablemente,
que reniega de idénticos sofismas.

A ungir Atenas y amansar Esparta,
a someter fragosas cordilleras
con demajaguas imperecederas
que anulan San Lorenzo o Santa Marta.

A refundar Colombia en una cuarta
piedemontina,
a guarnecer Oruro,
retornan los Patriarcas en obscuro
cometido,
en recónditos sahumeros,
y devuelven al hombre los misterios
de la impávida hoguera
del futuro.

FUERZA CENTRÍPETA

Los ojos, de secos, ácidos.
Algo confuso entre el pecho y el estómago.
Maltrecho el seno.
Espejismos flácidos.
En la espesura no hay plácidos tálamos.
Falta bejuco.
La compasión es un truco del hambre alucinadora.
Aparta el muslo, desflora el impudor, dios caduco.

Cuando la choza se estruja palidecen las doctrinas.
El vaho de las letrinas hace añicos la burbuja.
La miseria se apretuja contra los huesos de un hijo
y mientras el amasijo purpúreo escupe, se aniebla,
de inmundas aves se puebla la aureola del escondrijo.

Junto al andrajo esquelético excomulgado,
la madre se extravía en el encuadre
de un filme peripatético extinto.
Sufre un magnético trance hacia el odio proclive.

Se agazapa en un declive el rancho,
y bajo la yerba que crece con maña acerba,
la maldición
lo recibe.

HOMBRE DE MÁRMOL

Cuando decir patria era un romántico artilugio
para que en santo refugio el poeta concibiera.

Cuando tener por bandera el pabellón de un ujier
y decreto debía ser no escuchar ningún reclamo,
en la ciudad de Bayamo tuvo un héroe que nacer.

Venía con el talento de un alma ceremoniosa
con la impaciencia virtuosa que tiene el conocimiento.

Venía con el aliento del impetuoso que advierte
que para que se despierte un proyecto de nación
le queda solo la opción de la independencia
o muerte.

Céspedes en un instante desechó lo privativo
para ser padre adoptivo de familia exuberante.

Hoy custodia su semblante la paz y su nombre incuba
un rumbo para que suba el sol a la nueva fragua
y vibre La Demajagua en el corazón de Cuba.

La vibración vegetal II

La antinómica semilla que rebasa en sus hondores
los herméticos hervores de un transcurso que se ovilla,
va de regreso a la orilla del estero,
linde y tala,
germen épico que inhala lo germinante-muriendo,
y se integra a la corriente como náutico mandala.

Entra el cisco simultáneo de clandestina modestia,
al muladar de la bestia con gesto contemporáneo.

Entra y cala,
subcutáneo adviento,
al espirituoso atrio.

Entra memorioso, excogitado en lexías,
a biselar las estrías del estatismo nudoso.

En tu camino, como en el mío, lleno de abrojos y espinas, se presentarán dificultades que solo tu virtud podrá vencer.

Confiado, pues, en ésa tu más importante cualidad, te abandono por nuestra patria, que tan afligida como tú, reclama mis servicios, llorando en el estertor de la agonía. Pienso que tú sufriendo, y yo peleando por ella, seremos felices; tú amas su independencia, y yo adoro su libertad. El deber me manda sacudir el yugo que la oprime y la veja, y tu amor de esposa fiel y purísima, me induce a su redención. Dios lo quiera, para bien de ese pueblo esclavo y para tranquilidad de nuestros espíritus. Tú, que has pasado conmigo los horrores de aquella guerra homicida, sabes mejor que nadie cuánto vale el sacrificio de abandonarte por ella, cuánto importa el deber a los hombres honrados. El honor está por sobre todo. La primera vez luchamos juntos por la libertad; ahora es preciso que luche solo haciendo por los dos. Si venzo la gloria será para ti.

Carta a María Cabrales
del Lugarteniente General
del Ejército Libertador
Antonio Maceo (fragmento),
Marzo de 1895

LA MARCHA DE LA BANDERA

Almácigo.

Caoba.

Ocuje.

Guao.

Sangrante árbol.

Monte ondulatorio.

Para el escándalo persecutorio de la fatalidad
se ensancha el sao.

Sobre un tronco podrido grita el Cao.

Juye el chipoyo de su duermevela,
y de una circunstancia paralela,
donde va el hombre exangüe por un trillo,
la mano destrozada del caudillo trinca un ejército
de su parihuela.

Paso de mulas.

Paso manigüero encubridor.

Componenda arbórea.

Por el envés de la sierra estertórea
es sedicioso hasta el derriscadero.

*Colgad,
por Dios,
al negro parejero.*

Matojo.
Manajú.
Majá.
Jengibre.

Que la montura se desequilibre.

Que se achicharre el cafetal esclavo.

Aunque haya que pelear en taparrabo
la inmolación será por Cuba Libre.

Diana en la medianoche hasta que empaque
el enemigo.

Huestes en enroque.

Si se acantonan que el corneta toque
avance a discreción.

Reyes en jaque.

Macheteo.

Contramarcha.

Contraataque.

Para la degollina, cero enclenque.

Frente al máuser, azotes de rebenque.

Contra al Springfield, arma blanca, tea.

Guindar al rancheador
y al que no vea la magnanimidad
del Gran Palenque.

Naranjas agrias.

Caracoles.

Yerba.

Carne de potro sancochada.

Mango.

Nadie duerme.

Pegar la oreja al fango.

Machete,
y si no hay plomos de reserva,
¡más machete, *carijo!*

Patria acerba.

Con el estómago añorar la esposa
y ceder al mohín de una mocosa.

No discernir por qué mueren dispersos
los de la heroica tribu,
y no hay refuerzos
para una acometida tan gloriosa.

Enemistarse con el viejo heraldo
que abraza,
lloriquea,
no se zafa.

Desarraigar del héroe la piltrafa
por revestir equivalente saldo.

De agrios gobiernos pretender respaldo
y ser juzgado como desafecto.

Engreído mulato,
circunspecto en apariencia.

Plateada la silla de cabalgar.

Airosa la barbilla entronizada por el insurrecto.

Lidiar dormido.

Desvarío del hambre.

Sitiar con humo al General en Jefe de los iberos.

¡Muerte al mequetrefe!

Toque a rebato.

Hordas en enjambre.

Balacera infernal.

Cerca de alambre.

Muro de piedras.

Pugilato brusco,
y no tener a mano un buen pedrusco
o un alfanje ecuménico.

¡Qué pasmo!

Hay que librar del cepo el entusiasmo.

Confusa escolta.

Fogonazo fusco.

Cercenarle la usura al rayadillo.

Exterminar al crápula *ipso facto*.

En el pecho siempre cabrá un impacto más.

¡Si no jay machete habrá cuchillo!

Algarrobo.

Jiquí.

Tamarindillo.

Las palmas darán cuenta del fantoche.

Cabezas,

brazos,

sangre a troche y moche.

Nadie va a aguantar lágrimas ni un bledo.

En la manigua ubérrima no hay miedo.

La tropa va a salir de Mala Noche.

Mamá querida,

Papá, hermanos queridos:

Muero en mi puesto, no quiero abandonar el cadáver del General Maceo y me quedaré con él. Me hirieron en dos partes. Y por no caer en manos del enemigo, me suicido. Lo hago con mucho gusto por la honra de Cuba.

Adiós seres queridos, los amaré mucho en la otra vida como en ésta. Su Francisco Gómez Toro.

En Santo Domingo. Sírvase amigo o enemigo, mandar este papel de un muerto.

7 de diciembre de 1896

A mi juicio, entre el estado mayor de los españoles y Cirujeda para ocultar el asesinato de un niño, gravemente herido y sin armas, mezclaron la novela al hecho histórico en el relato de la muerte del lugarteniente Antonio Maceo y su ayudante Francisco Gómez.

[...]

Pues bien, el estado mayor del general de los españoles y Cirujeda, repito, prestando atención al asesino Juan Santana Torres, práctico del batallón de San Quintín, hacen hablar al general Maceo después de muerto. Según la certificación del médico Zertucha, sólo uno o dos minutos pudo sobrevivir al balazo que lo derribó de su caballo.

Y —aquí entra lo más burdo—hacen escribir en un cuaderno encontrado por el ordenanza de Cirujeda una carta de despedida a su familia, a Panchito Gómez a quien previsoramente arman de ¡un cuchillo! Para que se suicide.

No usaré palabras gruesas, ni me ocuparé de la intención o el propósito que les ha movido a inventar o forjar fábula; sólo haré observar la imposibilidad física que impedía a Panchito escribir o matarse por su propia mano.

Tenía un balazo que le atravesaba el hombro y el brazo izquierdo, por lo que llevaba éste en cabestrillo, otro balazo en el vientre y el mismo balazo u otro le había destrozado el brazo derecho por la región del codo.

Prescindamos de los horribles dolores físicos, prescindamos de la pérdida de sangre, prescindamos del valor y sangre fría que se necesita ---y que él demostró tener—para con un enemigo enfrente haciendo fuego y avanzando, sacar el cuaderno, escribir y volverlo a

guardar en su bolsillo, prescindamos de todos es y concluyamos con la fara de la carta y el suicidio de este modo:

¿Con las heridas descritas puede alguna persona escribir? ¿Se puede sostener el peso de un puñal en la mano?

¡No!, pero sí se puede hacer lo que sin duda haría el ayudante heroico: echarse sobre el cadáver de su jefe que no quiso abandonar y escupir el rostro del asesino guerrillero, que se le acercó esgrimiendo el machete y que al separar el alma gigante del cuerpo de aquel niño generoso, la enlazó a la del gran Maceo y unió para siempre sus nombres benditos, en el recuerdo y corazón de los cubanos.

Bernabé Boza, Jefe del estado Mayor
del Generalísimo Máximo Gómez,
en *Mi diario de la guerra*.

**EL PROSPECTO DE LOJA,
TENIENTE ANTONIO DEL
ROSAL VÁZQUEZ DE
MONDRAGÓN, SE AGENCIA LA
CRUZ DEL SUFRIMIENTO DE
MANOS DE LA REINA MARÍA
CRISTINA**

¿Ir a la pugna o apacentar cabras?

¿Salvaguardar cosechas y desoves?

¿Acometer o manosear adobes?

¿Acoplar bayonetas sin palabras?

¿Vanagloriarse de juergas macabras
o prolongar el deleitable tufo
contra un dominio manigüero-bufo?

¿Cargarse de espectrales adjetivos:
héroes excéntricos incompasivos
que calzan los atuendos de Tartufo?

El ditirámico escozor del miedo.

La gloria demoníaca del lauro.

Fiebre y horror en el mismo catauro.

Las consonantes de crimen y credo.

Épica cantilena sin aedo.

Parrafería de jurisconsulto.

Sarcásticos mohines que al tumulto
acomodan. Agnóstica lujuria
del fisgón historiante.
Letra espuria.

La monserga del par castigo / indulto.

No es apoteosis lo que se chorrea
por la entrepierna.

Está el verdugo en casa.

Pasan al frente los de la mordaza.

¿Quién dijo que la estúpida Odisea
la escribió un tal Homero?

Lo que humea es una calabaza sobre un leño.

No hay parsimonia que devuelva el sueño
a los de repugnantes puños blancos.

¿Es que en este cuartel todos son mancos?

Que mambí ni mambí si soy lojeño.

La noche arquea a quemarropa.

Expele unos frijoles,
la caricatura de unos frijoles.

En el rancho dura bien poco el fotograma.

Se congele o no la escena, en el costado duele.

El esbozo de un viejo se zambulle en el humazo del candil.

Concluye el toc toc toc en un pilón minúsculo.

Agreste un negro, alacridad y músculo,
hacia la breña,
en semiharapos,
huye.

Adolescentes de caderas pálidas
que harían merecer un machetazo.

Tizne en los ojos de la escolta.

Un paso y adiós perniles de jutías escuálidas.

No hemos venido a abacorar crisálidas.

Hay que estigmatizar el Manifiesto,
que es como obscurecer un palimpsesto visigodo.

Yo estoy soldado a un cuje
y no comprendo el bifurcante empuje.

Al de las simpatías lo han depuesto.

Hay que gratificar lo escamoteable
con medallones que no sean de barro.

Publíquense los timos del bizarro.
Que a otro imputen lo irreivindicable.

Cualquier grieta será disimulable
si la fabulación ignora cipos.

Recanonícense los arquetipos.
Pódense heroicidades de cemento.

Las desvergüenzas no las nombra el viento
que desocultan los daguerrotipos

El pacto.
La sospecha.
El artificio.
La transcripción.
El exacerbamiento.
El *post scriptum*.
El fraccionamiento.
La entrelínea.
La nota al pie.
El prejuicio.
Lo superfluo.
Lo impar.
Lo excrementicio.
Los eufemismos.
Las estratagemas.
Las imposturas.
Los categoremas.
Los fines.
Las doctrinas.
Los enfoques.
Las mistificaciones.
Los retoques.
Las historias.
Las patrias.
Los dilemas.

La vibración vegetal III

El palmar gnóstico inflama la verbalidad del hato
y adviene el paisaje chato a la rapsódica llama.

Compulsado por la rama que se desenmoviliza,
la elección fraseologiza los verdeantes grisamientos
trocados en monumentos por la música indivisa.

El alto fotomontaje centrípeto del peñasco
desciende como un chubasco al anímico paisaje
y asiste un ritmo,
el voltaje interior del claustro métrico,
a sacrificar lo tétrico del estatismo perenne,
que subyuga lo solemne y deforma lo simétrico.

Camagüey, julio 1 de 1871

Idolatrada esposa mía: Mi pensamiento más constante en medio de tantos afanes es el de tu amor y el de mis hijos. Pensando en ti, bien mío, paso mis horas mejores, y toda mi dicha futura la cifro en volver a tu lado después de libre Cuba. ¡Cuántos sueños de amor y de ventura, ¡Amalia mía! Los únicos días felices de mi vida pasaron rápidamente a tu lado embriagado con tus miradas y tus sonrisas. Hoy no te veo, no te escucho, y sufro con esta ausencia que el deber nos impone. Por eso vivo en lo porvenir y cuento con afán las horas presentes que no pasan con tanta velocidad como yo quisiera. Y luego, el no saber de ti ni de nuestros chiquitines aumenta mi anhelación constante.

No quiero extenderme más. Mi anterior cayó en poder del enemigo.

No creas lo que éste dice en sus periódicos: mienten con sin igual descaro.

La revolución marcha con paso firme sostenida por los buenos. Las presentaciones sólo han servido para depurar nuestras filas; y las víctimas para demostrar la saña española, impotente para abatir a un pueblo que pelea por su independencia, y para más exaltar a los campeones de ésta.

Un millón de besos a nuestros chiquitines, recuerdos cariñosos a Manuelita, Matilde y Ramón y tú ángel mío, ten la persuasión de que te adora con idolatría tu

IGNACIO

LA VIUDA Y EL HÉROE

Era un ángel para defender, y un niño para acariciar. De cuerpo era delgado, y más fino que recio, aunque de mucha esbeltez. Pero vino la guerra, domó de la primera embestida la soberbia natural, y se le vio por la fuerza del cuerpo, la exaltación de la virtud. Era como si por donde los hombres tienen corazón tuviera él estrella. Su luz era así, como la que dan los astros; y al recordarlo, suelen sus amigos hablar de él con unción, como se habla en las noches claras, y como si llevasen descubierta la cabeza.

JOSÉ MARTÍ
"Céspedes y Agramonte"
en *El Avisador Cubano*.
Nueva York, 10 de octubre de 1888

Por la dignidad y fortaleza de su vida; por su inteligencia rara y su modestia y gran cultura; por el cariño ternísimo y conmovedor con que acompaña y guía en el mundo a sus dos hijos, los hijos del héroe,-respeto Patria y admira a la señora Amalia Simoni, a la viuda de Ignacio Agramonte.- En su viaje a nuestra triste Cuba, le desea Patria mares tranquilos.

JOSÉ MARTÍ
Patria, 25 de junio de 1892

La noche,
en el maniguazo,
tiene visos de rapsodia
y una demencial prosodia de alimañas
y yerbazo.

Redil de alacrán,
guizazo,
marabú,
bejuco,
avispa,
perturbado por la chispa de un ente
en desmatrimonio,
que, sin ningún patrimonio,
entra al monte
que se crispa.

*Toca una sonata,
hija,
antes que la noche acabe,
porque después nadie sabe
qué rumbo la muerte elija.*

*La noche ya no es cobija impuesta
ni domicilio zozobrante en El Idilio,*

*desde que un potrero fútil
estigmatizó la inútil injerencia del exilio.*

Detrás de la línea espuria de la maleza convicta
urde el páramo vindicta contra la foránea injuria.

El terral de la penuria expele un hálito adusto
sobre el campamento agosto que el laude
del pauperismo
blande a tenor del cinismo del vilipendio
vetusto.

*Tú que puedes,
hija,
toca una melodía hermética
para aventar la patética hiperestesia.*

*Hija,
toca,
que hay una angustia barroca
adensando la morisca bóveda,
una levantisca opresión que descalabra
y el daimon de la palabra
huye en una carta arisca.*

La muerte infringe la táctica
sobre un paralelogramo breñoso,

y acorta el tramo de la impermanencia
fáctica.

La muerte es frugal y práctica
al diseñar la cuadrícula fatal
donde la partícula indócil entra en el mito
absurdo de lo inaudito.

La muerte es necia y ridícula.

¿Quién puede amar?

*¿Quién conduce la descalcez abrasiva
de un hálito a la deriva hacia lo que se traduce
en cisma?*

*¿Por qué tal cruce hostil de atajos
que obsede
y nadie explica?*

*¿Quién puede amar,
responde,
en campañas rebosantes de artimañas
donde hasta el júbilo agrade?*

Entre yaguas macilentas,
extrayéndole a los grumos del hambre

piadosos zumos,
mujeres sanguinolentas
se oponen a las mugrientas circunstancias
con enjutas provisiones,
substitutas del espiritual deceso,
para jalonar su ingreso en impostergables rutas.

*Hija,
toca una sonata
que suba a donde él se encuentre
y en su reciedumbre entre
como el trayecto escarlata de un proyectil.
Arrebata a la inmensidad burlona
su semblante que erosiona el agreste
recoveco
para ver si puede el eco regresarlo
a la casona.*

Residencia del Ejecutivo, julio 8, 1873.

SRA. FILOMENA LOYNAZ DE AGRAMONTE

Apreciable señora:

Lejos estaba yo de pensar, cuando me cupo el disgusto de dar a su señor hijo mayor general Ignacio Agramonte y Loynaz, el pésame por su fallecimiento de mi antiguo discípulo y amigo su señor padre y digno esposo de usted, que no tardaría el tiempo en que me viera obligado a enviar y a reunir dos grandes dolores en la memoria y corazón de usted al expresarle mi sentimiento por la desgraciada aunque gloriosa muerte, del mencionado su señor hijo en los momentos en que recogía nuevos laureles sobre los ya memorables campos de Jimaguayú.

Crea usted, señora, que yo nunca fui enemigo de su hijo; jamás lo ofendí en lo más mínimo, antes bien lo quería, por respeto a las relaciones con su señor padre. Personas mal intencionadas se interpusieron entre los dos para desavenirnos, fundando en los méritos del difunto funestos proyectos que no autorizaban los de ellos mismos, y de ahí una división que siempre deploré y traté de hacer menos honda y sensible con mi conducta. Públicas han sido las distinciones de que había colmado al benemérito General; pero dejando a un lado el pasado cuyas pasiones deben encerrarse en la tumba, séame permitido la lisonja de pensar que usted acepta, como sinceras las manifestaciones de mi profundo sentimiento.

Nada es capaz de servir de consuelo a los dolores de una madre: hasta que su hijo no exista para que eternamente llore inconsolable. Pero, señora, no le es negado a usted el más legítimo orgullo y tras él la convicción de que no impunemente se da el ser a hombres del temple de los Gracos. Para ellos siempre las persecuciones y la muerte, para su familia un blasón inmortal, para su patria el deber de elevarles monumentos de gratitud. Este es el lote de aquellos cuyas acciones se registrarán en las páginas de la historia.

Yo, señora, me uno a su justo dolor, como me uno al tributo de admiración que Cuba rinde a las hazañas de su heroico hijo; y de hoy más estimaré como una dicha que usted me cuente en el número de sus antiguos y mejores amigos, recibiendo con agrado las protestas de mis mayores simpatías y de mi más elevada consideración y afecto.

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES
La Independencia, Año V, número 247,
órgano de Cuba Libre
e Independiente, Nueva York,
sábado 12 de mayo de 1877

VINDICACIÓN DEL PADRAZO

*En cuanto a mí, soy una sombra que vaga pesarosa en las
tinieblas. Para mí, ni un día de sol!*

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

Diario perdido,

Lunes 12 de enero de 1874.

Ante el frívolo barranco
que embiste casi indefenso,
el mártir de San Lorenzo
entra al honor por un flanco.

Lo transmutó el odio en blanco
de intrigas y proyectiles,
cuando los correveidiles
del rencor que desampara
no calcularon que Yara
menosprecia a los serviles.

En la escéptica maraña
de la fronda que se implica,
donde lo fastuoso abdica
y lo sensitivo daña,
es un altar la montaña
para el solemne ejercicio
del irreverente juicio,
y en su coto nada pulcro
un proyecto de sepulcro
silvestre para el patricio.

Cada vez que la rotunda
noche engaña al centinela
hay una campana en vela
y un jagüey que la secunda.

No habrá hondonada profunda
que le restaure la piel,
pero si con voz infiel
murmura turbado el viento,
desde el plácido aposento
va al monte Carlos Manuel.

La vibración vegetal IV

Es el motete del estro,
el silbo vitalizante,
que armoniza el consonante substancioso del ancestro ,
y acaece, por secuestro de reciedumbres innatas,
para verter en sonatas jerarquías de vigor
que organizan lo exterior en esencias inmediatas.

El canto,
las inmanencias del canto,
lo que se junta turbándose,
la pregunta generatriz,
las cadencias de la pregunta: insolvencias orquestables.

Todo en pos de una juntura veloz, que lo anarquizante tacha.

Todo anegamiento y racha.

Dolmen.

Pez.

Desierto.

Voz.

EL MANOTAZO DE PLOMO

[...] irá mi sombra a atormentar las sombras.

Diario de un mártir, IV

*¿Y dónde están los ínclitos varones
que con serenas y elevadas frentes,
miraron sin temblar a su verdugo?*

JUAN CLEMENTE ZENEA

“En días de esclavitud”

*...lo que oímos son las carcajadas y el silencio sucio
del tribunal que le dijo: tú eres poeta, tú eres cubano,
tú eres delicado, como nosotros somos groseros,
y tenemos para ti el manotazo de plomo.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

“Juan Clemente Zenea”

Sinuoso el muro que una claraboya desilumina
y, sin piedad, anula
el manuscrito donde se coagula la palabra
que avienta la tramoya.

Sinuosa la invectiva que se embrolla,
en escolios fortuitos del exceso.

Bordes sinuosos,
cipos del ingreso en las dicotomías y perjurios.

Fascículos de epítomes espurios
e inicuos de los que no hay retroceso.

La erosión sintagmática,
el abstruso testificar que deja desprovista de exégesis
la entrada ordenancista del sañudo captor,
el inconcluso aquelarre de versos
en profuso desarraigar a la memoria,
el mito en que se tildará hasta el infinito
al clemente inclemente,
el escalpelo esgrimido con tizne en un pañuelo
que no lo indultará de ser maldito.

La tremolina de incriminaciones

y un desnombrar el cruce levantisco del erial de batalla:
costa, risco, rancho, maleza...

En las demarcaciones entre salvoconductos y baldones:

la quimera reptante.

Desaciertos para los espantajos boquiabiertos

en remota atalaya

que preserva la voluntad desde una fe proterva

y el guirigay de los patriotas tuertos.

Falla la luz renuente,

el atenuante,

la abdicación.

El raciocinio falla.

Cualquier anacoluto se soslaya

o se refuta por inoperante.

La entidad que va a un foso intemperante

al ser dual prevé su menoscabo,

y aunque en su irrealidad no hay gesto ignavo,

escapatoria o potencial retorno,

la misma paradoja del bochorno

traslucirá incongruencia al monte esclavo.

Grafiar el epitafio en la fisura mugrienta,
y argüir los resultandos menos inverosímiles e infandos
en los contornos de la tachadura.

Sutilizar a ultranza la estrechura argumental,
que ubica entre dos cotos de discutible lógica
a devotos y antípodas,
sin exponerse al riesgo de que no cualifique ningún sesgo
la jerarquía de los nexos rotos.

Entre necrófagos que estigmatizan
por descender al Caos ontológico,
sin renunciar al palio anfibológico
las horas del convicto se anarquizan,
pero en la ergástula se futurizan antitéticos ímpetus,
y sagas que emergerán de las profusas llagas
 espirituales y atriciones.

Pronto.

Cuando se juzgue de la sangre el monto
sopesado en antífonas aciagas.
Aeda ennadecido que un fermento de la nación
 despatria en sus anales
por la animadversión de aguas rivales
que se exterminan hasta el desaliento,
escucha un cántico de arrumbamiento
desde su zócalo menesteroso,

y el vernáculo salmo de alborozo,
en su verbal retiro de insolencia,
más que a redoble de desobediencia
suena a aleluya con final morboso.

La vibración vegetal V

Las presencias expandidas de los seres como ajorcas
silvestres,
juntan mazorcas sobre tierras demolidas
y las estrofas vencidas recuperan su desfogue.

Son vestigios del derogue disforme que retrocede
cuando la emoción procede por densas ramblas de azogue.

Y va emergiendo, en estratos, desde innominada fronda,
la nomenclatura honda del ser, aprensivo en datos.

Y emergen los frisos gratos al estupor y al repudio,
y medra, en el interludio, el árbol de savia honda
que se reintegra a la fronda incesante del preludio.

LA OTRA LUZ DE YARA

A esas ideas públicas, de que el General y yo hablamos sin cesar, he de unir un muy vivo deseo mío de responder en persona a la carta y estimación de un hombre en quien veo enteras la abnegación y la república de nuestros primeros padres, y la energía moral que cerró el paso a las debilidades, y al impúdico consejo, en estos primeros meses delicados de nuestra resurrección. Ni la labor que hemos venido sembrando y juntando me parecerá bien adelantada, hasta dar con Vd.; ni yo me daré premio más grato y apetecido que dejarle sentir en el calor de mi mano todo el cariño con que lo verá, y el anhelo con que ha deseado este encuentro urgente, su amigo y estimador.

JOSÉ MARTÍ

Carta a Bartolomé Masó,
Dos Ríos, 15 de mayo de 1895

A la luz de una vela, en la sabana, el héroe observa al héroe.

Nada apunta que puede ser la próxima pregunta
la última ordalía transmontana.

Escolta a la insolencia patriciana un desenfreno
de bisoña hueste
y aunque el diálogo es báculo celeste
sobre la sien de nevadura terca,
ignorar que lo sacro está muy cerca
será un olvido que a la postre cueste.

Preposterado en las intermitencias
de una falacia que por tramos huye,
en recia procesión que se diluye
marcha un país asqueado por urgencias.

Obstaculizan sus desobediencias y reciedumbres
de linaje ascético
la discontinuidad de un lapso herético
que apuesta voluntades y razones
para impugnar las abominaciones
y descarríos de un obrar patético.

A la luz de una vela, que fractura la tibieza infamante
de la alcoba,
el tálamo no es matria que arroba
sino desvergonzada sepultura.

La derrota marcial pasa factura de repugnancia,
con desembarazo.

Entre las pertenencias que el fracaso
cede a la impunidad del vituperio,
la capitulación y el adulterio
con glacial impudor cruzan del brazo.

Sin otro alivio que una claraboya para advertir la estolidez
del viento,
hablan los muros de un advenimiento
y el claustro indiferente los apoya.

Persiste delirante la tramoya de asedios y espejismos.

El reducto refrendado por Dios no es el producto
ni el cipo germinal de la diatriba;
es la naturaleza subversiva
de quien no trueca hogar por usufructo.

A la luz de una vela,
en el discreto epicedio interior que lo amplifica,
contra la deslealtad el héroe aplica un boomerang
cifrado en un decreto.

Después,
cuando conmuten el libreto,
y la palabra patria se gangrene otra vez,
cuando el polvo se adocene sobre el cañón de cuero
y la chamarra
se volverá a escuchar la voz bizarra del general
que con su tropa viene.

Desfraudadas (sic) mis esperanzas, vigilado de cerca por el Gobierno español que cada día fij[aba] más enmi (sic) sus miradas; al extremo, de nó (sic) atreverme a tránsitar por los caminos que acostumbraba, temiendo, que haciéndome prisionero, detuvieran el curso de mis aspiraciones; lo que hubiera equivalado á (sic) cortarle las alas á un libre pajarillo; me resolví alejarme de esta tierra adorada, que con tantas gotas de sangre había regado. Alejarme de las playas de Cuba, para pasar quisás (sic) el resto de mi vida en un país extranjero sin aspirar el ambiente alagadór (sic) de los bosques de mi patria, sin poder contemplár (sic) su puro [cielo], en una palabra, pasar de la vida la muerte.

Memorias del General Quintín Bandera

27 de enero de 1895 (fragmento)

EL CAPATAZ DE LA BASURA

La manigua mental unge al patriota
que en su heredad de sucias callejuelas
siente que sus insignias son espuelas
en el ijar soez de la derrota.

La ciudadina podredumbre dota
de una furtiva subversión
y agrisa el alma del anciano,
tornadiza como el aura solemne del combate
que, aún sin evocarla, va al rescate
de su inmanente hostilidad mambisa.

Entre perseverancias discordantes,
penitenciario del desequilibrio,
vuelve a cargar feroz contra el ludibrio
y sus impugnaciones denigrantes,
pero la intriga de los comediantes
en una escena de ordalía sardónica,
con voluptuosidad hiende la histriónica
urdimbre de alevosos parlamentos
que no estremece ni a los somnolientos
espectadores de una marcha agónica.

En el inicuo lobby del palacio,
donde la deslealtad abre el desfile,
aguarda el héroe que un correveidile
extirpe su omisión de un cartapacio.

Mientras la honestidad sea un reacio
canalete de un río que se empantana,
estrujará el sombrero una semana,
dos, tres, la eternidad, sin que el ilustre
gobernante devele el balaustre
que le abre a la nación una ventana.

Loado por mezquinos capitanes
de seudohistoria en avulsión
que afrenta y suprime *ex profeso*,
en la posventa vesánica y servil de los truhanes,
se va el hombre a la muerte,
a los afanes de la subvida,
mistificadores para futuros simplificadores existenciales
a un astral sumario que no conceptualiza el escenario
donde se vanaglorian los traidores.

Por herejes senderos,
por tortuosas encrucijadas y hondas serranías
torna el patriota a sus melancolías
y sus admoniciones luminosas,

pero ya no lo humillan sediciosas presencias
ni alharacas de soslayo.

En la noche abisal vuelve al ensayo
de la emboscada y el falso repliegue,
y lo sorprende el alba
en el despegue de la tiniebla,
solo,
en su caballo.

Habana febrero 14 de 1906.

Honorable Sr. Presidente de la República.

Querido y respetado Sr. Presidente:

Después de tantos años de luchar, con las armas en la mano, por la libertad de Cuba, y de ostentar (sic) el empleo de General, me encuentro con que me paso los días haciendo antesalas en la Secretaria de Obras Públicas, sin que el Sr. Montalvo se tome interés alguno por recibirme, lo que resulta para el que suscribe profundamente triste.- (...)

Tengo Sr. Presidente 72 años de edad. –Lo lógico, lo que la ley natural señala, es que viva poco tiempo más. –Y de dentro de esta hipótesis ¿es justo que se me haya rebajado mi sueldo de cien pesos á (sic) setenta y cinco, que la mitad de él hay que emplearlo en la casa, por que (sic) por prestigio del mismo Ejército yo no debo ocupar un cubil ó (sic) una guarida, sino vivir con relativa decencia?-

(...) Corresponde, pues, que de no mejorarme en el mezquino sueldo que disfrutaba, se me deje el de cien pesos que tenía asignado, con cuya suma libro la subsistencia muy pobre y estrechamente.

Le pido a Ud. justicia y que repare lo que casi puede estimarse como una ofensa, y quedo de Ud. respetuosamente atento s.s.

QUINTÍN BANDERA

El Bayardo negro que el Romancero futuro de Cuba incrustará en Rimas de leyenda no merece ese desdén sacrílego de los que andan sin cadena, deben en gran parte al bravo de Quintín Banderas el verlas hoy rotas.

Ese desdén ingrato, la ingratitud es el cáncer de los pueblos que olvidan la virtud del agradecimiento. El prestigio supremo del buen soldado rodeó, al frente de sus hueste[s] al luchador incansable que fue Quintín Banderas á quién la patria consideró digno de ostentar las estrellas de jefe. [...]

Todo el mundo conoce la situación insostenible, la penuria dolorosa del destrozador de Trochas. Todos reconocen su honradez, su bondad, su disciplina, su respeto a las leyes y su ausencia de codicias [infinitas], Y nadie hace nada; y los días pasan, y las angustias materiales se acumulan, y de las [escarcelas] de la Patria no cae el óbolo en las venerables manos del Patriota acendrado héroe esclarecido. [...]

CONDE [K]OSTIA.

La vibración vegetal VI

El luminoso poliedro en otro poliedro inscripto
no delata el sobrescripto ni visualiza el arredro.

Persiste contra el desmedro sensorial su faz totémica.

De la conmoción endémica desembarazado,
canta,
con la natural garganta de la armonía sistémica.

El rumbo de piedra hirsuta, adusto de trashumancia,
niega, por sobreabundancia, la nulidad de la ruta.

Su infinitud le disputa al leopardo su feraz progenie,
al mar por contras-
te, sólo le escamotea la eventual linde que orea
sobre la arena locuaz.

6. — *Amanezco enfermo: dolencia de espíritu que detiene el pulso y vuelve hosca la escritura en página sombría. La espalda adolorida por quebrantamientos nocturnos, reclinada sobre cetrinas yaguas del rancho, trenzadas en maderos pelados recién. [...] parecen suspendidos en el aire pugnante los desenfrenos del General Maceo, soberbio y nada discreto conciliábulo: “Ya habrá sido enterado V. de los destinos del General Flor.” - me dice – como si participáramos de geografías y acontecimientos desemejantes, y ya adivino los derroteros de su conversación - “A quien prefirió V. para comandar una expedición, en la que había invertido hasta el último nervio.” Declaro mis lamentos por el aciago final del ilustre mambí, y replico que, ni siquiera su apagamiento, me haría desentonar respecto a una decisión que apremié; instigado por la prontitud y el orden y, de inmediato, todos los colores son convocados para integrarse al rostro del General: “Sí que está bueno soportarle arrebatos de poder, me habla descompuesto y, de un manotazo desordenado e imprevisto, vuelca su jarro de ron en el mantel, a quien lo obtuvo de acomodar pasiones en campañas, donde jamás respiró el vaho de la pólvora”. Se encrespa y puñetea sobre la mesa infortunada que retumba y se enciende en rencores avivados. La voz, como de trueno, lejos de enaltecerlo lo empequeñece, en tanto acierto el púrpura de ojos amenazadores, que estallan con ímpetus similares a los del desafío a un enemigo invisible. “Me defrauda V. Martí, de escasas miras, en hombre que estimé como a pocos por vasta inteligencia y noble sentido de lo justo”.— dice—, y va su voz y se estrella contra las paredes fulguradas: “¿Y qué es para V. lo justo, le digo y me levanto frente a él en la mesa iracunda, una legión romana de generales*

y magistrados, dispuestos para quebrantar hasta la vislumbre del buen sentido, sin miramiento alguno, al tiempo de segarle a la muchedumbre su estatura de vástagos democráticos, que han de brotarle por razones de carácter y ejercicio de su civilidad?” Arremete el General, y me llama pusilánime, con todo el peso de su palabra áspera y dolorosa, que hiende y avergüenza. “Que no fue hecho V. para andanzas de guerra dilatada, ni lo imagino en una carga contra ejércitos entrados en días de academia”. Atropella palabras, y escucho a medias, porque voy como ingresando en la penumbra, y me son irrepetibles sus vocablos de soez talante, sin permitirme argumentos casi”. Ya acarrearán las circunstancias el áureo minuto, para mostrarle a quienes como V. adelantan diferencias, ante los que me piensan indigno de disponer los atuendos para entrar al combate, que no ando yo por campos de Cuba libre con distinta intención que no sea invocar su independencia en la pelea, o empapar la tierra con mi sangre, si tal fuera el designio, y no para encumbrarme sobre multitudes, que saben cuánto he predicado y padecido por su sagrado nombre”. Gómez interviene, mohíno, el ceño torvo del rostro apesadumbrado, clama cordura, pero el tono de su voz, que ha insistido en mantenerse al margen, no es suficiente para sosegar ánimos, como si en el fondo no fuera ese el propósito, entre cauces de contrario género, que lo sorprenden inclinado hacia las huestes del General y no hacia mis energías. Luego se muestra tenaz, contra gestos y alegatos que considera baldíos, e insiste en la preeminencia de una disputa sin tregua, espoleada hasta el infinito por la invasión. “Que ya los cubanos tenemos experiencia en avatares sin pies ni cabeza de la guerra grande.” Tuvimos –dice- y le descubro, fuera de sus órbitas, la mirada chispeante de dulcedumbres desmedidas y apasionamientos

patrios. “No han de anteponerse intereses personales, ni doctrinas acomodaticias al curso independentista; los destinos del país están en juego, y él sobre todas las cosas [...] quien nos convoque a zanjar resquemores y concretar autoridades.” “Estamos de acuerdo, acepta Maceo, a la fuerza, pero yo sigo sin concebir a Martí en la línea de fuego, como los que hemos destrozado, airosos, guarnecidas trochas, aniquilado afamadas caballerías y batallones, y arrebatado cientos de convoyes al enemigo. V. debe dirigir Centro y Occidente, le dice a Gómez, y yo he de llevar las riendas orientales, hasta el debido término de una nueva guerra a muerte.” Protesto, resuelto a esclarecer mis posiciones, hasta las últimas consecuencias, pero Maceo interrumpe y, extraño en él, se prodiga en elogios de la necesidad y la utilidad que ve en el Delegado en tierras de la emigración, como organizador político y concertador de expediciones que, según sus juicios, es donde debe estar mi puesto. Gómez le recuerda su debida subordinación como autoridad máxima, y no sin cierta presunción, por momentos aparenta comprender mi disposición a combatir un par de veces al menos, antes de deponerme. Zanjada la cuestión, pide a Maceo que exponga las bases de la campaña redentora de la invasión, y el General explica, minucioso, cómo ha previsto proceder, desde la manigua abundosa hasta las próximas ciudades, donde aún se acantona el adversario, y luego en el anchuroso paso hasta las zonas más distantes de Occidente, con plena unidad de alma, donde los jefes más experimentados solivianten las fuerzas bajo su mando hacia el principal curso. Gómez asiente, presuroso aunque conozco en parte sus ideas que rozan las mías respecto a la forma de gobierno, y requiere mi opinión que doy como de raptó, sin afán de que Maceo continúe

viéndome como permanente antagonista de su trayectoria gloriosa, y mucho menos para que el General en jefe distinga, injustamente, una actitud divergente solo por el placer de disentir, y así, como en la encrucijada en que mis propias esperanzas me sitúan, voy revelando mis pareceres a los dos patriotas que han de acompañarme en estos rumbos, con el cúmulo de sus diferencias y concordancias, hasta que, como a regañadientes, asentimos; vencidos más por el cansancio de las propuestas refrendadas una y otra vez que por rotundos y racionales acuerdos, asunto que, al parecer, ha de ser el majano de confluencias futuras, inevitable designio en menesteres de premuras mambisas.

Páginas correspondientes
al 6 de mayo de 1895,
supuestamente arrancadas del *Diario de campaña*,
de José Martí.
(De la profusa papelería inédita del autor).

EL PESO DE LA CRUZ

*Escribo, poco y mal, porque estoy pensando
con zozobra y amargura.*

JOSÉ MARTÍ

Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos,

14 de mayo de 1895

Agua del Contramaestre.

Agua turbia.

Agua crecida.

¿Hasta qué punto la vida
es un cántico silvestre?

Entre el fango,
lo terrestre va enmaniguándose.

Un vado al muslo.

El cuerpo angustiado
y, en el sopor que lo inhibe,
la noche bella proscribire
el sueño del Delegado.

Un río.

Un caballo.

Un hombre.

El sol licuando la piel.

El croquis de un coronel
en la sabana sin nombre.

Un río.

Un caballo.

Un hombre.

Un paredón de humo infame.

No importa que alguien se llame
Ángel, si en vano custodia,
ni que entonen la rapsodia
un fustete y un dagame.

Las bayonetas a un palmo
de los fervores solícitos,
los desencuentros ilícitos,
el verso indómito o calmo.

¿Hay entre el agosto *salmo*
y la *pólvora* nefasta
algún vocablo entusiasta,
alguna zona intermedia
que disfrace la tragedia
de “episodio iconoclasta”?

Hay criaturas sin derecho a ser felices. Hay seres que,
entre la cruz y placeres, optan por llevar al pecho el
manuscrito deshecho de una fortuna reacia,
y sobre el hombro la audacia temeraria del novicio,
que al más febril sacrificio entran
de un tiro de gracia.

Algo.

Alguien se encamina
hacia un cuerpo.

Alguien apunta el odio de una pregunta
y, al gloriarse, se anodina.

Sangra la maleza indina.

Nadie es sacro o pusilánime.

Algo serpentea exánime.

No plañe ni un rostro magro
y nada invoca un milagro
en la soledad unánime.

Ser héroe nunca es ser Dios,
aunque ambos se transfiguren.
Por más que sus obras duren

no hablan con la misma voz.
Hay un intersticio atroz,
un filamento vibrante
que los envela un instante
y el héroe se enmarmoliza,
sin dar tiempo a que la brisa
espiritual lo levante.

Pedir que la piedra arroje al polvo
es un afán manco
si sobre un caballo blanco
la sangre sigue al galope.

A veces la selva inope
en torno quiere enramarse,
pero la Luz vuelve a darse
a los discordes montíos,
y entonces,
todos los ríos
vuelven a transparentarse.

La vibración vegetal VII

Desde los valles intensos,
el trillo insinúa un viaje de icarístico linaje
a los alcores suspensos.

Summa de caminos densos va el trillo a la inmensidad.

En su magnanimidad multiplicante,
va el trillo holográfico,
hacia un brillo de vetusta mocedad.

En su largueza hierática se arromanza la planicie
y encubre la superficie su canción acinemática
aparencial,
la gramática de un polvoriento himno arcaico,
transcrito por algebraico
intérprete de lo nimio,
que desentierra el eximio menhir del limo prosaico.

A las 11 del día me puse en marcha para La Soledad, donde llegué pocos momentos después. [...] Todos me han dado señales muestra de satisfacción porque se haya iniciado ya un movimiento que tanto deseaban y que ellos antes de ahora, aunque fuera de oportunidad han querido mover, sin embargo, [...] participan mis trabajos que serán inauditos para desvanecer las ideas de venganza y odio que precisamente han de existir entre algunos de los que aquí concurren, siendo como en mi ánimo llevar a cabo una revolución que dé por resultado mejorar el estado de cosas en el país, sin que se derrame una gota de sangre y que traiga la menor desgracia. [...]

Diario de Operaciones del Mayor general Vicente García,

18 de abril de 1875

Lagunas de Varona. Abril 26 de 1875.

[...]

A LA CÁMARA DE REPRESENTANTES

Los que suscriben, representando al pueblo de Cuba, haciendo hoy uso del derecho de petición, elevan a su vez a la Representación Nacional, para manifestarle sus aspiraciones patrióticas, significarle su voluntad y recabar el cumplimiento de disposiciones que salven el país, evitando males que pudieran acarrear trascendentales trastornos. [...]

El disgusto, el malestar [...] aumenta y llega a su colmo, cuando el Gobierno nombra por determinados mandos a ciudadanos que habían sido separados de otros análogos por los males que habían ocasionado, o en otros casos, porque los agraviados se imponen al Gobierno, y lo obligan a otorgar su nombramiento, debilidad, criminal condescendencia por una parte, amenazas, medidas violentas por la otra.

[...] Eleva el Mayor General García a la Cámara de Representantes una razonada protesta contra los abusos y desaciertos del Gobierno [...] Con este fin, reunidos en Las Tunas, punto denominado “Lagunas de Varona”, gran número de patriotas, como simples ciudadanos por más que la mayor parte pertenezca al Ejército [...]

No finalizaremos este escrito sin protestar una y mil veces nuestra sumisión y respeto a las Leyes del País [...]

Diputados: el pueblo os habla: cumplid con vuestro deber.

(Multitud de Firmas)

[...]

LA ESCARAMUZA

El hacendado observa la neblina
sobre el cañaveral.

La tropa alerta sabe que esa mirada
desconcierta,
que no derrota el miedo,
lo origina.

La alucinante orla blanquecina
indefine los músculos,
escinde la plantación en pugna,
y el deslinde principia a entrar en el alud
sanguíneo
cuando, pese al desdén del mar gramíneo,
exhausto el monte alrededor se rinde.

La incriminante niebla
que recubre y juzga irresoluto hasta un dietario,
inscribe un nombre en el apocrifario
con cal sobre la página insalubre,
mas en el bies el manuscrito encubre las trizaduras
de un orden ficticio
que torna deleznable el edificio
donde un hermético alminar legisla tímidos centelleos
de una isla predestinada para el sacrificio.

En la maraña
de las diferencias y refractarias reglamentaciones,
se independizan las aspiraciones
de las distorsionantes apetencias.

Lían despóticas inconsecuencias ramas de un árbol
gris y solitario,
que a expensas del erial medra precario,
estrangulado por sus propias lianas,
en la dilatación de las sabanas desobedientes
del imaginario.

Entre la llama
y un desconcertante modo de ver la llama,
va el jinete hacia la escaramuza,
en un ribete que la bruma incoherente
y malsonante
derrama al estratega en el semblante
petrificado de vetusto asedio.

Entre llama y rescoldo,
el epicedio de la llama en antífona transmuta
por el ensanchamiento de la ruta
a la ciudad sitiada sin remedio.

Inextricable el paroxismo,
abrupto el eslabón que la tramoya ensambla,
de pronto se disipa por la rambla facciosa
la oclusión del exabrupto,
y aunque el brazo se afirma en lo incorrupto,
aunque la probidad es inmanente,
desde los entresijos de la mente infortunada
 que el motín azuza
hasta la misma insurrección abstrusa
desestima al patriota
que disiente.

Cuando olvidar o ser injustos cobra víctimas
 de notorias resonancias,
hay próceres que acortan las distancias
pese a las magnitudes de la obra.

Nombrar entonces las virtudes sobra.

Solo es factible fustigar, parece.
Si eclipsa el hombre que se restablece en febril noche
 de absurdos deslices,
no importan sus perpetuas cicatrices.

Regocija mostrar lo que ensombrece.

Hasta el agotamiento, el hacendado
escrutará el cañaveral brumoso,

y ha de volver la vista hacia su esbozo de patria,
con el rostro atribulado.

Ignorará a su antagonista al lado
y, en sus individuales incursiones
por el terreno hostil,

entre emociones, ánimos y ejercicios contrapuestos,
le usurpará a los dudosos restos de la hoguera
los últimos carbones.

Abril 2, de 1878

Sr. General Vicente García.

Querido y respetable señor:

El deber que experimenté al saber que a Cuba la entregaban los mismos a quienes estaba confiada en fuerza o intensidad, solo puede compararle con el consuelo y la satisfacción de que usted, lleno de honor, salvara la bandera de Yara.

Fiel héroe de ella, el mártir de San Lorenzo, puede contemplar las miserias de la humanidad, ha tenido que sentir admiración y respeto y amor por el Héroe del Zanjón.

Yo no tengo palabras que le signifiquen toda la gratitud que tengo por usted.

Todo el afán del pueblo cubano aquí es mandarle recursos. Mis dos hermanos que estaban enteramente separados de la política porque no podían contribuir a los disturbios de Cuba, hoy trabajan por sostenerlo a Usted y apoyarle de todos modos.

Usted puede contar con la lealtad de ellos, que están unidos al Comité del pueblo, para remitirle a usted municiones y armas.

Usted es hoy la admiración del mundo.

Con los más altos sentimientos de gratitud y admiración se despide de usted, su más adicta amiga y S: S. q.s.b.m.

ANA DE QUESADA, VIUDA DE CÉSPEDES

New York, abril 2 de 1878

La vibración vegetal VIII

El zigzag del voladizo épico
que se inmensura,
reconforma la estatura cíclica de lo impreciso:
el intervalo,
el caedizo bastimento improrrogable
que bosqueja lo improbable-posible en hojas de acanto,
e introduce un esperanto piadoso a lo inextricable.

Por el consuetudinario asomo cosmovisivo
ventea lo disyuntivo: el dualismo refractario.

Hay un singular binario siempre acezante
detrás del fluido.

Hay un quizás y hay un es que se proyecta
en la exclusiva analecta interior de lo fugaz.

MONUMENTO AL MAMBÍ DESCONOCIDO

Llueve sobre el apasote balsámico
y la jocuma esotérica,
que abrumba a la albahaca,
de rebote.

La fronda,
bajo el azote del chubasco testarudo,
se transfigura en engrudo mineral
y, de soslayo,
por la piel del paraguayo
se funde al mambí,
desnudo.

Hasta los cujes famélicos del herético camastro,
andan siguiéndole el rastro los bejucos maquiavélicos,
y entre designios babélicos de algún héroe de renombre,
ya piltrafa,
ya pronombre demostrativo y simplista,
bajo la cruz de una lista
desciende,
al hondor,
sin nombre.

La vibración vegetal IX

Hierve, expresión sibilina,
adénsate lengua ubicua que no truecas por oblicua
la incognitez de la ruina.

Prepostera la hornacina en su pabellón enteco,
y extrae del recoveco anodino la mayólica
que centuplica,
simbólica,
las magnas cifras del eco.

Cuerpo poemático, aleja lo que exige historizarse,
lo que se disfrazaba al darse,
lo que,
en dejadez,
no deja.

Si el páramo se refleja en ti, que se desconcierte;
y que, de una vez, deserte el íntimo anecdótico
que entraña el itinerario discursivo de la muerte.

Santiago de Cuba, Agosto 16 de 1870.

Sra. Isabel Vázquez. Manzanillo o donde se halle.

Queridísima Isabel mía:

Ayer llegué a ésta, sin novedad, y ruego a Dios que tú y nuestros hijos gocen de igual salud. Hoy se ha celebrado el Consejo de Guerra para juzgarme, y como el resultado no puede ser dudoso, me apresuro a escribirte para aconsejarte la mayor y más cristiana resignación: vive para todos nuestros hijos, sobre todo para nuestra Ester a quien le repetirás diariamente el nombre de su padre: mi última súplica, pues que te hago, es que trates de vivir y no dejes huérfana a nuestra hijita. A mi Eulalia, a Pedro, a Blanca, Elisa, Isabel, Gustavo, Candelaria, Lucita, Piedad y Ángel que reciban mis abrazos y mi bendición. Por última vez te recomiendo el valor y la resignación, no entrando en otros pormenores porque conozco tu ilustración y recto juicio. Dios es grande en sus designios y no nos toca ni corresponde inmiscuirnos en ellos: en el cielo nos veremos y mientras tanto no olvides en tus oraciones a tu esposo que te ama.

PEDRO (PERUCHO) FIGUEREDO

EL SEDICIOSO

Quebrantado y desprovisto,
el perturbador infausto,
avanza hacia el holocausto sobre un asno,
como Cristo.

Entra en el monte imprevisto y ajado
la confidencia.

Un hombre pone cadencia
a la rebeldía invasora,
y su anulación sonora paga la desobediencia.

En sucesión corrosiva
pasan,
confusos,
los gestos
de los caudillos expuestos
a la fobia anulativa.

Van,
sin otra alternativa,
hacia el montaraz peñasco amotinado,
el chubasco reconstituyente,
el miasma del hambre,
la cataplasma,
la fiebre,

el salcocho,
el asco.

Ante el burdo antagonista
desfilan caricaturas,
desharrapadas criaturas
en la maniobra ironista
de asumir la reconquista patriarcal,
que se acrecienta bajo la noche harapienta,
cota del día desnudo,
el ímpetu por escudo
y, al dorso, la impedimenta.

Soliviantadas colmenas en los trillos de la Nada.

Toros contra la emboscada.

Provisiones casi obscenas
para cantar *en cadenas vivir es vivir...*

Porfía por un cuero de jutía
curtido en los pantalones
e infectas ulceraciones que asolan la ranchería.

Por ciénagas,
a hurtadillas,
avanza la tropa agreste,

aunque la razón le apueste en contra,
y las pesadillas naden hacia las orillas
de la destrucción.

A gatas,
sobre las hiedras pacatas
que retardan las contiendas,
escudriñando las prendas de los muertos,
como ratas.

Cuando el monte no se abra más con odio
y no amanezca para que el mambí padezca
en la espesura macabra.

Cuando cese la palabra
que ordena estar al acecho
del usurpador maltrecho,
también,
por las piedras rotas,
habrá un himno hecho de gotas de sangre
y tiros al pecho.

Tenaz frente al vilipendio,
lejos queda el municipio,
que empuñó,
desde el principio,
el pabellón del incendio.

La Ciudad,
arduo compendio de afanes,
arde en la pira.

El esplendor no es mentira.

Hay un fulgor accesorio
que ilumina el territorio.

La patria, en sombras, respira.

Comandancia Militar
Servicio para el día 17.

A las seis en punto de la mañana serán pasados por las armas los paisanos D. Pedro Figueredo, D. Rodrigo Tamayo y D. Ignacio Tamayo, por el delito de infidencia, titulados los dos primeros Generales insurrectos. – Los medios batallones de los cuerpos de Voluntarios de esta plaza y el Escuadrón de Caballería del Rey y la Reina que se hallan en esta plaza, al mando del oficial más antiguo de los dos; así como la fuerza armada que haya de bomberos, cuyas fuerzas se hallarán a las seis menos cuarto en correcta formación en el paraje de costumbre donde se hallarán el Sr. Coronel de la Corona D. Francisco Abreu, que mandará el cuadro. – El Regimiento de la Corona nombrará su piquete compuesto por un oficial, 25 hombres y uno de banda para la custodia de la Capilla y conducción de los reos al indicado punto. – Lo que de orden de S.E. se comunica de la Plaza para su cumplimiento. – El Sargento Mor. Int. – Álvarez Cora.

La vibración vegetal X

La mano y el audaz roce engendrativo
burilan los salmos que se perfilan
para el vértigo y el goce.

No es el azar quien conoce,
quien ordena desde adentro los pulsares del encuentro
prístino de objeto y diestra,
ni la intelección maestra que brota del eposcentro.

Percute el vidrio silvestre del pozo ciego,
un retumbo familiar,
y traza un rumbo para el hondero pedestre:
la alta pulsación terrestre que genera,
subrepticia, la vocación traslaticia
y la euritmia espiritual
que erige la catedral sobre la tierra propicia.

Al fin salimo. Tuvimo en Inagua y al fin jallamo un barco que nos puso cerca de la costa de Cuba, pa los lao de Baracoa... el barco nos dejó en la mar y bía una marejá terrible... Una noche oscura... No se vía ná... Martí tenía la brújula del bote y el general el timón, un golpe de agua le arrancó el timón...y también se llevó el agua una cosa que el general traía en un bulto... el mar taba terrible... no víamos ná... y entonces vimo unas luce lejo...y creíamo que era tropa española; pero eran pescadore...Y luchábamo con el mar que nos quería tragar...Y no nos quería dejar llegar a tierra de Cuba...Y al fin, así...de viaje veo unos farallones y pego un brinco y me trepo y seguío le doy el brazo y subo a Martí, dipué al general Gome...Y dipué lo otro...Y el general Gome saltó de la roca a la playa; y cuando vido la tierra firme, de viaje besó la tierra y cantó como gallo... cantó como gallo, eso dígaló uté.

Y yo, cuando lo oí que cantó como gallo, me dije: ¡Nos salvamo!...Yo creía que taba echo to lo que venía a hacé...Y Martí taba muy contento... Yo, como no sabía lo que era la guerra, creía que eso era to lo que bía que hacé. Salimo a caminá y dipué vimo una vereá y unas vara atravesá... Eran pa cogé ganao, según dijén...Y cojimo la vereá para di al pueblo...

Y dipué teníamo sé... y yo oí unos maco...ellos se sentaron a esperá y yo salí a ve si bía agua... y jallé un caballo y un ingenio de eso “quiebragüeso” (trapiche rústico de tablas). Y molían...Y regresé y se lo dije y volvimo. Y cogí el trillo hasta que llegamos a la casa, donde bía gente...Nos fuimos ahí, ahí...y me fui gateando y cuando vide do hamaca le dije a Martí y al general Gome: Sí, hay gente! Y en el bojío más no vía yo, porque había una perra parí y me amagaba...

Y acertó que era la casa del Inspector, uno que era de los epañole... y bía una vieja que era de la “guerra vieja”... Y así que vió que era verdá que ahí taba Máximo Gómez, empezó a hablá... y los otros taban callao, porque no sabía quiéne éramo... (Sic)

FREDDY PRESTOL CASTILLO

“Dos horas con el Coronel Marcos del Rosario”

La Nación, C.T., 2 de abril de 1940

SALTO. DICHA GRANDE

Sin que la tiniebla note un fulgor
bajo el chubasco,
enrumba contra un peñasco fantasmagórico
el bote.

Le da un telúrico azote el viento
que escoge el abra para la erosión macabra
del díscolo maderamen,
aunque es más fuerte el ligamen entre osadía
y palabra.

Las devociones
que anegan arrítmicas,
también turban a los remos
que se curvan
cuando las voces despliegan
sus antagonismos.

Bregan zozobras a bordo, millas,
y arremeten pesadillas diluviantes en repunte,
hasta que emerge el pespunte brumoso
de las orillas.

Contra todo raciocinio,

contra cualquier parsimonia épica,
la ceremonia de ingresar en el dominio eventual
del exterminio
diastoliza el aire enteco, invasor del recoveco
ancestral,
y de la angosta oquedad salta a la costa
perpetuada por el eco.

Oteado el cuarzo,
persuade con bizarría a la serie
de pedruscos.

La intemperie irreverencia le añade.

El promontorio se evade
y el horizonte precario,
oscilante en un breviario de cúspides,
va a su aprisco
cuando, cauteloso, el risco
ciñe al expedicionario.

Hay gallos en la maraña del pecho

que es jaspe,

y huelga espantarlos.

Se descuelga del farallón la alimaña

repugnante.

El cielo engaña con su ermitañez de lumbre.

A un lado la podredumbre.

Ardides pétreos,

carrizo,

y lejos el enfermizo palmar,

en la incertidumbre.

La noche,

que disimula huellas y adjunta

acrobacias,

condiciona pertinacias que el desconcierto

inocula.

Recobrada,

gesticula sobre el abrupto playazo,
y mientras lleva del brazo a sus ángeles
sedientos,
un hatajo de esperpentos
anda,
siguiéndole el paso.

A mansalva.

A quemarropa.

Ad libitum.

Adherido al engañoso sonido del mar,
sin proa ni popa,
el atrevimiento topa con el ser
que lo rebasa.

Lo recibe la amenaza de una bienvenida
trunca,
pero hay regresos que nunca
fueron salidas de casa.

Playita de Cajobabo-Campamento de la Aduana,
abril de 2015

La vibración vegetal XI

Es la palabra en sí misma,
en su disturbio y su oblea,
quien desovilla la idea al paio dentro de un prisma.
Palabra es,
de melisma a melisma,
de rizoma al fruto,
desde que asoma en su legión de clausura,
y distingue y transfigura como un zoomórfico idioma.

Por fractura y ligamento vienen los nuevos registros,
tonsurados por los sistros sacerdotales del viento
a allanar el aposento cantáble del neonato instante,
como alegato contra el ciclo desarmónico
que suprimió lo sinfónico del eurítmico substrato.

¿Qué somos, General?, ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?

JOSÉ MARTÍ

«Carta al general Máximo Gómez»,

New York, 20 de octubre de 1884

GENERAL DE DOS PATRIAS

Al poeta bayamés José Joaquín Palma y Lasso de la Vega (1844-1911), quien tuvo el altísimo honor de reclutar a Máximo Gómez para las gestas independentistas cubanas y otorgarle el iniciático grado de sargento.

Escarnecido por su gloria extinta
con el lauro mendaz del atropello,
sin que ningún clarín toque a degüello
entra el Viejo en las sombras de la quinta.

La victoria de pronto es tan distinta,
la libertad tan incoherente y necia
que en vez de enaltecerlo lo desprecia
cuando la holgura del poder rechaza,
porque hasta en los tizones de su casa
halla el patriarca frustración y amnesia.

Ultimadas las cargas al machete
no hay trocha por franquear ni honda manigua
que defender.

La patria es una ambigua palabreja
que enmienda su membrete.

Aplauden a la estrella del sainete
sobrevivientes de humillantes pactos.

Crece, sobre los cuerpos putrefactos,
la yerba, donde estuvo el campamento.
Hijos ilustres del resentimiento,
los ejércitos cuentan los impactos.

A veces,
en la noche postraumática,
sin que nadie lo impugne o lo celebre,
retorna el Viejo a su vetusta fiebre
de una comicidad melodramática.
Zozobra al frente de una tropa errática,
zafa el timón de un bote a la deriva,
increpa a un oficial con explosiva orden.
Juzga a un traidor.
Fusila un bulto
y entra,
jolongo en mano,
en el tumulto de espejismos
que van a la ofensiva.

Hay una madre muerta bajo un cedro.

Unos niños que se desangelizan.
Héroes que, por ser héroes, ralentizan
la victoria y engendran el arredro.

La mambisada trota hacia el desmedro.

Mima un caudillo su traje de holanda.

Nausean vahos de una paz nefanda.

Un presidente en su alazán recula
y, aunque la dignidad no capitula,
nadie puede "dormir como Dios manda".

Convicto de una voz fantasmagórica
que lo importunará en la acometida,
el Viejo acarreará toda su vida
de indigencia una angustia protohistórica
por la futilidad de la retórica
que le reprochará siempre al Soldado
llevar el regimiento hasta el collado
como si fuera la montaña única
del macizo,
y no aceptar la túnica omnímoda y falaz
del magistrado.

El General vuelve a pasar revista.

Extrañamente el alma del combate falta.

No hay tentativas de rescate
que devuelvan la luz protagonista.

Cuenta otra vez.

Más bajas en la lista.

Quizá una deserción,
algún balazo repentino,
pero el postrer abrazo de la muerte
traerá el dolor prolijo,
no tanto por el héroe,
por su hijo
que segaré un infame machetazo.

Desde el estribo ve pasar airoosas
sus levantiscas hordas,
el guerrero.

En las estribaciones del potrero
se asienta una bandada de tiñosas.

Zigzaguea entre alambres,
zanjas,
fosas,
hasta que al fin la calentura amaina.

Una mujer alivia su polaina
cosida al pie por la batalla incierta,
libra el machete de la mano yerta
y lo devuelve a su deshecha vaina.

Concíbese [...] que el doloroso espectáculo que hoy ofrece la grande Antilla, haya excitado la sensibilidad del pueblo norteamericano, porque la guerra es, ha sido y será, por su propia esencia, calamidad terrible [...] sería extrema injusticia, en que no puede incurrir el noble pueblo y Gobierno de los Estados Unidos, culpar de ello á España, que se limita, en el ejercicio de sus derechos, que es al mismo tiempo ineludible y sagrado deber, á combatir la insurrección, causa única de las desgracias que se padecen en la Isla. [...] fueron los insurrectos los que, cumpliendo instrucciones de su principal caudillo Máximo Gómez, comenzaron por quemar plantaciones de caña y arrasar los bateyes [...] vanagloriándose de llevar a todas partes la desolación y la ruina. Ellos fueron, asimismo, los que llevaron á sistema estas prácticas crueles [...] todo con la engañosa esperanza de lograr que España abandonara la Isla cuando la viera en cenizas é incapaz de producirle bienes materiales de ningún género, como si nada importara el derecho y el honor á los ojos de las naciones civilizadas.

VALERIANO WEYLER

Mi mando en Cuba. Tomo V. Madrid, 1911, pp. 14-15

VIACRUCIS MAMBÍ

[...] no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada; formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fue el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos de América; pero a semejanza de los héroes de Saratoga y Yorktown, respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía.

CALIXTO GARCÍA: “Carta al general William R. Shafter, Jefe de las tropas norteamericanas en Santiago de Cuba”.

17 de julio de 1898

A un costado de la plaza
una criatura se inquieta
cuando suena una trompeta
y el simbolismo no pasa desapercibido:
traza, desde el vientre que se inclina,
una pasión clandestina por el subversivo coto,
y aunque el augurio es remoto
el alma se insubordina.

Mientras pugna la mazmorra detrás de cualquier embate,
la existencia se debate
entre aceptar la modorra de lo prescrito
que borra el entusiasmo
y la racha fúlgida que deshilacha racimos de humillación,
y emerge la maldición
del monte que encumbra y tacha.

La intempestiva advertencia.

El holocausto fortuito.

La represalia.

El delito.

Las heces de la abstinencia.

Adjetivan la insolencia desde la descompostura,
y al asir la empuñadura marcial contra barda homónima,
con hiperestesia epónima se amotina la amargura.

Después será el aire agónico sobre la ceiba cautiva
quien desoculte, en cursiva, su desafuero anacrónico
y reserve un protagónico discernimiento al patriarca.

Será la estirpe heresiarca, antes que el honor claudique,
quien en su frente publique la desobediente marca.

Vendrán los ralos serones.

La vianda obscena.

El delirio.

Sobrevivir al martirio del miedo y las delaciones.

Ambidiestras ambiciones de un ambiguo cabecilla.

Desafiar la comidilla del campamento descalzo
que ante un pronóstico falso sin dudarlo se encasquilla.

Sobrevendrán cabalgatas por veredas sin rebordes.

Ensangrentados desbordes.

Aniquilaciones gratas
y hostilidades neonatas que, en confuso forcejeo,
propondrán el deletreo de un epítome capcioso
fundado en el oprobioso mohín del escamoteo.

Pero en la mística ignota,
donde la ucronía es dable,
relumbra y se crispa el sable obstinado del patriota.

Se escurre y cae una gota de sangre,
con majestad,
y en la intemporalidad
nadie prohíbe, grosero,
que entre su rostro severo,
vencedor,
a la ciudad.

*Campamento de La Aduana, junto al río Miradero.
Campos de Cuba Libre, 2011-2018*

Datos del autor:



RONEL GONZÁLEZ SÁNCHEZ (San Pedro de Cacocum, Holguín, Cuba, 4 de abril de 1971). Poeta, investigador cultural, escritor para niños. Licenciado en Historia del Arte. Máster en Desarrollo Cultural Comunitario. Investigador Auxiliar. Profesor Asistente. Miembro de la UNEAC y de la Sociedad Cultural José Martí. Ha obtenido numerosos premios. Es autor

de más de 40 libros entre los que se mencionan: *El mundo tiene la razón* (1995), *Desterrado de asombros* (1997), *Consumación de la utopía* (1999 y 2005), *La noche octosilábica; historia de la décima escrita en Holguín (1862-2003)* (2004), *Atormentado de sentido; para una hermenéutica de la metadécima* (2007), *Alegoría y transfiguración; La décima en Orígenes* (2007), *Árbol de la esperanza; Antología de décimas hispanoamericanas* (2008), *Temida polisemia; Estudio de la obra del poeta cubano Delfín Prats* (2014), *Érase un elefante bocarriba; racimo de décimas humorísticas cubanas* (2018) y de diez volúmenes para niños. Su obra aparece en numerosas revistas, antologías y publicaciones digitales. Actualmente se desempeña como investigador en el Centro de Promoción Literaria Pedro Ortiz Domínguez. Posee, entre otras, la Distinción Por la Cultura Nacional.

E mail: ronelgonzalezsanchez@gmail.com
ronelgs71@nauta.cu